

El libro del trimestre mp

Julio-septiembre 2014

MODALIDAD DE RELATO

PRIMER PREMIO

La mano acusadora (1 me gusta)

Javier Camúñez Díez (España)

Mi secreto yace en el fondo del lago, pero nunca me he sentido a salvo de sus aguas, sobre todo cuando escasean las lluvias, como ahora, y su nivel desciende de manera preocupante.

Por eso cada mañana me acerco a la orilla y compruebo con las primeras luces del alba que podré vivir tranquilo otro día más.

Pero hoy has vuelto y, con tu gesto, clamas justicia al Cielo. No era suficiente con que poblaras mis pesadillas. ¿Qué quieres? ¿Venganza? ¿Acaso justicia? Acabé antes contigo y volveré a hacerlo de nuevo. No podrás impedirlo.

Desato la barca del tocón junto a la orilla y me subo. Remo con la mirada fija en esa sombra amenazadora que sobresale del agua, hasta que llego a su lado. Ato allí la cuerda para mantener la posición.

He llegado junto a ti y no podrás huir. No volverás a acusarme nunca más. Sujeto la rama delatora con fuerza mientras empuño el serrucho. El surco hiende sin piedad cada vez más profundo. Sigues tan quejumbroso como siempre, pero esta vez callarás para siempre.

Me apresuro, tengo que acabar antes de que salga el sol y asome nadie por la orilla del lago. Por fin quiebro la rama que, con un último chasquido, se desprende del tronco.

El tirón sobre la cuerda vuelca la barca. Caigo inerte al agua. Me hundo y se me enreda la ropa con las ramas sumergidas. No podré volver arriba. Da igual, estoy cansado y ya no me importa. Miro hacia abajo. Allí sigues y yo me quedaré aquí para asegurarme de que no escapas. Para siempre.

RESTO DE PARTICIPANTES EN EL TRIMESTRE

En la casa de mi abuelo

Reyita Maldonado Fournier (Puerto Rico)

¡Cómo me gustaba estar con él, todas las mañanas, bajo el crepúsculo de aquel alborcer temprano, algunas veces cálido, otros demasiado gélido! Inmediatamente, al sentir sus pasos, rebotaba del lecho, con mis pies descalzos, la carita bien hinchada, los ojos lagañosos y mi pelo muy alborotado. Aguzaba los sentidos y en silencio le observaba. Su caminar era pausado, sus pasos cortos y su cuerpo movedizo. Agitado por los años, mi abuelo caminaba con mucha vigilancia, para que nadie se diera cuenta, su movimiento pausado. Con mucha sutileza, empujaba la pesada puerta. Luego, suavemente y apoyándose en su bordón, bajaba uno a uno cada peldaño, mientras yo, sigilosa, lo seguía con mi mirada, detrás de las rejillas de mi ventana. Llegaba hasta el bartulo donde por costumbre engancha su sombrero. Primero se rasca la cabeza, luego se lo coloca en su calva.

Cruzaba el jardín, contemplaba las rosas, daba una mirada al cielo como dando gracias a un cosmos lejano. Luego se dirigía a la caballeriza. Allí estaba su amigo fiel, su caballo blanco de nombre Palomo. Lo recibía con un saludo, se levantaba en dos patas. Luego se soplaba los ollares mostrando la dentadura, sacudía sus largas crines. Mi abuelo posaba su mano sobre su lomo, mientras el animal emitía su voz con un relincho, tal vez dando los buenos días. Mientras, yo, con una leve sonrisa, detrás de la ventana, lo contemplaba.

El estandarte

Montse Acevedo (España)

Cuando las primeras voces de alarma empezaron a escucharse por Álamo Alto, nadie lo creía. Primero llegaron los ingenieros y los topógrafos. Iban y venían de un lugar para otro, pero sobre todo medían y medían. Después llegó el representante del Gobierno, que quería hablar con D. José, el alcalde. Luego tuvo lugar la reunión en la iglesia de los pocos habitantes que aún quedaban en el lugar (los viejos se iban muriendo y los jóvenes habían emigrado a lugares con más posibilidades). Allí D. José, tomando muy serio la palabra, nos contó las novedades. Recuerdo los llantos, los abrazos de desconsuelo y las palabras malsonantes que proferían algunos de los vecinos... Hubo protestas, cartas a las autoridades, incluso una manifestación en la capital, pero no sirvió de nada. El plazo se cumplió. Mi marido y yo nos vimos obligados a mudarnos a Lomas Blancas, la aldea más cercana. Muchos de nuestros vecinos lo hicieron también, pero a otros no volvimos a verlos.

Hoy lo único que queda de nuestro pueblo es una rama del álamo que le dio nombre. Pelada y quemada por el sol, ahogada por las aguas del nuevo embalse, pero erguida y orgullosa cual estandarte que recuerda que en medio del lago hubo vida, y que la nueva presa pudo anegar casas y campos, pero no las raíces de aquellos que allí vivían...

La ira de los dioses

Sheila Santos (España)

Ania aferró con su mano su propio vientre, donde su primogénito se estaba gestando en el octavo mes de embarazo. Meció con fatídica rapidez el hombro de su esposo Kaeso, quien aún permanecía sumido en un sueño como si la deidad Hipno no quisiera dejarle marchar. La tierra comenzó a temblar y ella se aferró al brazo de su marido, quien, asustado por el repiqueteo de las paredes y las columnas, tomó su espada y se levantó de golpe preparado para la batalla.

—Mujer —exclamó—, ¿qué sucede?

Posó sus ojos sobre las grietas del suelo y vio cómo la tierra se abría bajo sus pies. Tomó a su esposa en brazos y llamó a los esclavos para que comprobasen el estado de todas las estancias de su hogar.

Ania no cesaba de temblar, pues no sólo la fría noche hizo que sus músculos se contrajeran, sino también la ira de los dioses, quienes parecían haber abandonado a su pueblo, como si los sacrificios y ofrendas no hubieran hecho mella en sus corazones.

Su esposo corrió por los largos pasillos de la casa. Miró en todas las direcciones y en cuanto pudo se arrojó a la calle como muchos otros ciudadanos romanos, donde el caos gobernaba y el miedo tiranizaba los corazones de los humanos.

Ania se quedó en el patio exterior acompañada de los pocos sirvientes que su esposo había dejado en su hogar. El suelo cada vez temblaba con más violencia, hasta que finalmente con sus propios ojos vio venir la tragedia: una enorme ola gigantesca se alzó sobre los altos edificios de la ciudad para arrasarlo con todo a su paso. Su último pensamiento se lo dedicó a su hijo, pues con la mano aún pegada a su vientre le dijo cuánto le hubiera gustado conocerle.

Batallas en solitario

Soraya Geijo Uribe (España)

En la escuela era tan proceloso y espeso que varias veces se convirtió en refugio de piojos. Entonces la batalla se libraba con peinas y lociones malolientes. Ya en la facultad, descubrió otros frentes más emocionantes como el mus y, sobre todo, las chicas. Para conquistarlas, las planchas, las cuchillas y hasta los tintes empezaron a formar parte de su vida. Todo iba bien hasta que la espesura amazónica de su cabeza empezó a ralearse. Volvieron las lociones malolientes como en su infancia. Resultaron ser todas ellas muy activas, pues consiguieron volver peluda a su almohada, mientras su cabeza cada vez estaba más brillante.

Después de licenciarse empezó a buscar trabajo. No tuvo ningún éxito, hasta que llegaron las navidades y le ofrecieron hacer de cartero real en unos grandes almacenes. Bajo un prominente turbante pasaba sus jornadas laborales tan feliz que se resistía a pasar la hoja del calendario. Cuando al fin reunió valor para hacerlo, allá por julio, descubrió que su cabeza ya era una perfecta pista de aterrizaje sin un solo obstáculo. Pero, abrumado por el paro, decidió librar solo esa batalla, la más peliaguda, y se convirtió en opositor.

Cuando su madre lo abrazó y le dijo «Ya no tienes pájaros en la cabeza», firmó la paz consigo mismo.

Panorámica

Antonio Ortuño Casas (España)

Cuando ella alzó la vista para mirar con detenimiento lo que se podía alcanzar a ver en el horizonte, el sol escupió con inusitada fuerza rayos jamás antes vistos, el viento exhaló terribles ráfagas de incontrolables tornados, la lluvia roció torrenciales aguaceros que inundaron hasta los mares.

Quería mirar en el más allá y lo que encontró fue el futuro. En él no había nadie, aunque tampoco nada por lo que vivir.

Bajó rápidamente la vista para volverse a encontrar con el presente, pero solo pudo atisbar lejanamente el pasado, aquel que hubiese querido del todo no haber dejado nunca.

Los besos de Virginia

Rafael Osores Salinas (Alemania)

La noche cayó mientras Pedrito estaba recordando los últimos besos que recibió de su novia. La balsa se balanceaba en un ritmo que le agradaba. Le hacía dormir, olvidar, soñar; se veía descansando en Copacabana, como antes, como siempre. Despertó sobresaltado con la idea de que nunca volvería a besar los labios de Virginia. No volver a verla era el peor castigo y se enfrentó a él cuando supo que estaba solo, solo con la luna brillante a lo lejos. Esa perla bendita que antes lo cautivaba le veía con cierta misericordia. Vio las montañas, una esperanza. Su corazón latía mientras sus brazos, cual palas luchaban, contra el mar para alcanzar la playa. Nunca supo cuánto tiempo se demoró en alcanzarla. Un rugido animal le erizó la piel cuando se atrevió a sacar el pie fuera de la balsa salvavidas. Otro rugido partió la noche en dos y lloró. Pedrito lloró por esos besos que nunca más volvería a sentir.

Resistencia

Javier García Valverde (España)

En el Inicio la Montaña se alzaba solitaria, majestuosa, lujuriente. La llanura se pobló de verde y azul, y surgieron animales en las aguas. Lentos, de patitas cortas, luego rápidos y finalmente saltaron a la tierra. Pronto emergieron titanes que dominaron el mundo. La ley del más fuerte imperaba. Apareció el hombre: muchas alimañas y plantas se extinguieron y floreció una Civilización en la planicie. Al adobe sucedió la piedra, luego el ladrillo. Esfinges y monolitos, pirámides y torres. Entonces alguien, un paria, ideó sembrar en las afueras, donde nadie quería. Escogió una semilla, la enterró y la regó. Al tiempo emergió una plantita que defendió aquel plebeyo mientras se acercaban las construcciones, cada vez mayores y altivas. El vegetal se transformó en un Árbol, que creció y se ensanchó. Los descendientes de aquel humilde heredaron su amor y lo defendieron. Los pisos se elevaron, los puentes cruzaron los abismos, llegó el asfalto y el humo. El Árbol contemplaba aquello con asombro: sobrevivió, deseoso de continuar, mientras todo evolucionaba y los aviones surcaban los cielos. Cayeron las primeras bombas y todo se oscureció. Advinieron guerras, el clima cambió drásticamente. Tanques y cañones, muerte y destrucción por las calles. Observó morir al último descendiente del primer paria, y abrazó su tumba con sus brazos atestados de hojas, doradas y moribundas. Se resistía a abandonar, henchido de esencia vital. Acontecieron rayos y después sequías; más tarde la Montaña estalló con fuego y la lava devoró todo a su paso. Pero la raíz del enorme Árbol se obstinó en vivir, repleta de savia activa. Posteriormente sobrevino una llovizna que se transformó en diluvio: la llanura se apagó y quedó embebida. El agua envolvió al ejemplar suavemente, con alivio. El inmenso mar había engullido la planicie. Y entonces pudo hacerlo: respiró por última vez.

MODALIDAD DE POESÍA

PRIMER PREMIO

Todo en gris (2 me gusta)

Ricardo Casal Martínez (Uruguay)

*Humo y plomo esfuma el fondo,
entrecano es su follaje.
Hay canciones de neblina,
todo en gris rima el paisaje.
Emergiendo entre las aguas
un árbol seco es coraje,
cuando de pie se mantiene,
desafiante ante el oleaje.
Humo y plomo esfuma el fondo,
todo en gris rima el paisaje.*

Escrito en el agua (2 me gusta)

Marcelo Posada (Argentina)

Allí donde se dejan
los besos sin dueños
y la sombra de cuerpos
que no fueron de nadie
detrás de la imagen
que devuelve el espejo
y del oscuro silencio
que recorre las calles.
En el sitio en que el tiempo
desahucia relojes
y los labios son quienes
humedecen el alma,
me rindo al hechizo
que siembran tus ojos
en las profundas caricias
que tus manos derraman.
Me detengo al morir
cotidiana la tarde
y te dejo un poema
escrito en el agua,
entre la espina que siempre
sobrevive a la rosa
y el espacio que ocupas
al desplegar tus alas.
Marcelo Posada

<http://marcelodelacosta.blogspot.com.ar>

Árbol seco (1 me gusta)

Lila Nilda Klundt (Argentina)

Árbol seco

Débil como un árbol seco,
que solo lo mantiene erguido
el agua que lo hidrata del mar
y la esperanza de una ilusión,
como ver a lo lejos tierra firme.
Así se encuentra él en agonía
después de doloroso abandono.
Las nubes de testigo presentes
lluvias de lágrimas deslizan.
El viento mueve las olas
y va corriéndolo a la orilla.
Allí una nueva esperanza,
tierra fértil con agua del mar,
nacerá un nuevo retoño,
flexible y sin alteraciones,
un amor puro y recíproco.

Lila Nilda Klundt. 18-07-214
La Pampa, Argentina
derechos reservados

Accidente fatal

Reyita Maldonado Fournier (Puerto Rico)

*¿Cómo podré discernir mi infortunio
y esta queja que llevo dentro?
Mi pecho se expande de dolor
y mi corazón late de amargura.
Acarreo muchos años de mi existencia,
luchando con la soledad y con mi desdicha,
presintiendo que es el confín de mi jornada,
de una vida amarga y sin esperanza.
Noches turbias empañan mis sueños,
un amanecer agobiado y sin descanso,
ensombreciendo mi alma de angustia,
exhausta, por mi misión , que no termina.
Esa nube gris que arropa mis días
acompaña mi calvario y menoscabo,
como aliviar este sollozo que me hiere
y este enorme hito que me paraliza.
No puedo atajar mis lágrimas
que corren por mi piel sin detenerse,
que llegan a mis pies descalzos
y los bañan de tibieza con sabor amargo.
Ese mar extenso y ancho es mi lamento.
Como raíz seca nado en sus profundidades,
queriendo alcanzar aquella cima,
para poder detener ese nubarrón que me ensombrece.
Mi vida infinita se ha tornado lóbrega,
gris es mi mirada lejana,
desde aquel fatídico día
en el que se detuvieron mis fuerzas y mi energía .
prolongando mis días en desgracia
y mi queja perenne hasta que tú decidas .*

{soy Ana}